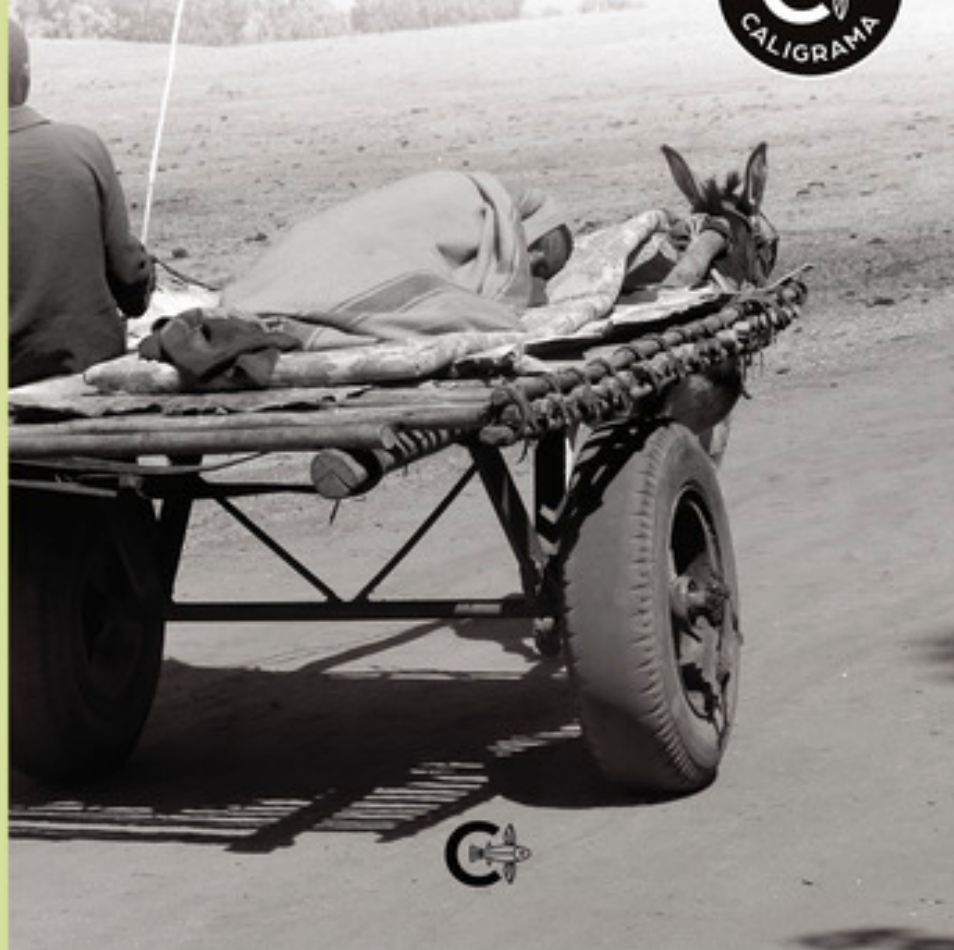


EN PRIMERA LÍNEA CONTINUA: UNA PANDEMIA ENTRE EPIDEMIAS

El milagro de multiplicar las camas.
Días y noches en el Hospital General Rural
de Gambo en Etiopía

IÑAKI ALEGRÍA COLL



Yo he podido escribir mi historia y hacer realidad mis sueños.
Me pregunto por qué yo, cuando otros no pueden.

En el instante en el que nací, otros perdieron la vida antes
incluso de respirar.

Cuando pronuncié «mamá» por primera vez, otros ya eran
huérfanos y no pudieron conocer a la suya.

No hice ningún mérito para escoger mi lugar de nacimiento;
sin embargo, eso marcó la diferencia.

«El ser humano está ahí para superarse a sí mismo,
para olvidarse, para perderse de vista, para hacer caso
omiso de sí mismo en la medida en que se entrega a una
cosa o a un prójimo. Solo en ella se vuelve el ser humano
verdaderamente humano».

VIKTOR FRANKL

Si trabajas un día al 300 % de tu capacidad,
eres un héroe.

Si lo haces una semana, también,
pero si lo haces toda tu vida,
entonces te conviertes en nadie,
el olvidado.

Este libro es un reconocimiento a
aquellas personas que trabajan cada día por encima
de sus posibilidades,
para rescatarlas del olvido.

Prefacio: una pandemia entre epidemias

«—Las victorias de usted serán siempre provisionales.
—Siempre, ya lo sé. Pero eso no es una razón para dejar de luchar.
—Me imagino, entonces, lo que debe de ser una peste para usted.
—Una interminable derrota.
—¿Quién le ha enseñado a usted todo eso, doctor?
—La miseria».

ALBERT CAMUS

Había oído que Gambo desprendía ese característico hedor a vieja sábana impregnada de vómito agrio secado a la luz del sol. A otros les evoca el olor penetrante de los trapos viejos manchados de heces diarreicas hacinadas y bañadas por una mucosidad verde.

Lo que no me dijeron es que Gambo también es un intenso aroma a café recién molido que penetra en las fosas nasales y atraviesa los poros de la piel hasta conseguir eliminar los olores anteriores. Tampoco me hablaron del frío aire de la noche ni de que el

humo del fuego de leña convierte un hogar en acogedor. En otras palabras, Gambo huele también a un refugio de esperanza.

He aprendido a no quedarme con los rumores ajenos, sino a indagar, a aguzar los cinco sentidos en las aguas de los ríos, en las orinas, las heces y los cafés porque eso es la vida: es alegría y tristeza, es vida y muerte. Eso es Gambo. Pero, sobre todo, es amor y esperanza; vida que brota entre las cenizas fértiles.

Había acabado cuatro años antes los estudios de Medicina en la Universidad de Barcelona y estaba cursando la especialización en Pediatría en el Hospital General de Granollers cuando pisé por primera vez la tierra roja de Gambo; un instante que cambió por completo el rumbo de mi vida. Y lo que tenían que ser cuatro meses de prácticas en el Departamento de Pediatría se convirtieron en una mudanza desde Barcelona al pueblo etíope con el fin de conseguir lo que parecía imposible: evitar el cierre del Hospital de Gambo; único centro que ofrecía atención sanitaria a la humilde población rural del sur del país.

Empecé como voluntario trabajando en el departamento, pero, sin creerlo ni esperarlo, el pueblo me eligió director médico del hospital. Me emociono solo con leer las primeras palabras que encabezan el diario de mi vida en Etiopía, escritas hace ya más de siete años y que recuerdo con claridad como si fuese ayer:

Gambo tiene alma propia. Es una experiencia increíble en todos los sentidos y aspectos de la vida: médica, personal, humana y espiritual. Sobrecogedora. Deslumbrante. Alumbrante. Impactante. Inolvidable. Vinculante. Excepcional. Donde comparten cama la vida y la muerte.

En el Hospital Rural de Gambo estoy viviendo una emergencia continua. El miedo se ha convertido en pandemia, pues relega al olvido a enfermedades que son ahora más letales que nunca.

No estoy viviendo mi primer estado de alarma ni trabajo en un hospital de campaña. No es la primera vez que se me aparece la muerte ni que afronto un sistema sanitario colapsado. Aun así, no me acostumbro a ver morir a las personas como tampoco quiero habituarme a la injusticia. No deseo ser cómplice de ello. No me voy a callar.

Trabajo en un hospital que se reinventa a diario. Hace apenas un par de meses una epidemia de sarampión, con más de cien ingresos diarios, nos obligó a triplicar la capacidad de trabajo. Cada año nos azotan epidemias de bronquiolitis y neumonías durante la época de lluvias y en la estación seca hacemos frente a las más mortíferas, como el sarampión y la desnutrición, que se ceban con la infancia más vulnerable.

Estoy en primera línea, en el Hospital Rural de Gambo, que ahora combate la pandemia de coronavirus entre epidemias de sarampión, meningitis, cólera, tuberculosis y hambrunas. Y que debe lidiar con el silencio que rodea al Cuerno de África, sobre todo al sur de Etiopía, cuya evidencia más clara es la indiferencia humana.

Trabajo por encima de mis posibilidades; no desde hace un día ni una semana ni un mes ni un año, sino desde siempre. Esto lo convierte en una normalidad que lo silencia todo, porque cuando la emergencia es continua, deja de ser noticia. Multiplicamos las camas, no por arte de magia, sino a través del esfuerzo y el sacrificio.

La normalidad es que no hay normalidad. Cada día es diferente, una sorpresa. Atendemos más de trescientas urgencias de sol a sol, hasta que el cielo se derrumba. Y aun sin luz, la actividad sigue.

Y cuando acaba la jornada, me dejo caer en el viejo lecho. Mis músculos no pueden más, pero mi cerebro tiene problemas para desconectar. Entonces empieza el diálogo interior: